

El enfoque de lo femenino en el *Calendario de las señoritas mexicanas* (1839-1843)*

Margarita Alegría de la Colina

La definición de género es un asunto biológico; pero, sin duda, también cultural. De acuerdo con Camille Paglia¹ “es la naturaleza y no la sociedad, nuestra más grande opresora”; así, las diferencias biológicas sexuales no se pueden borrar en virtud de ninguna disciplina humana como la sociología o la política, sino que son precisamente dichas diferencias las que controlan e incluso llegan a crear cultura.

Paglia analiza la lucha entre civilización y naturaleza como lo dionisiaco frente a lo apolíneo; de acuerdo con la primera categoría la sexualidad humana responde a los poderes hormonales en relación directa con la naturaleza; de acuerdo con la segunda, responde a la parte civilizada de la humanidad, a sus necesidades de belleza, pureza, ética, razón, pensamiento y orden; en otras palabras, es una creación cultural a través de la cual el hombre intenta controlar y embellecer la naturaleza.

Dicha autora considera que el problema deriva de las tensiones entre lo dionisiaco y lo apolíneo, lo natural y lo refinado, entre el cuerpo y la mente. Las funciones físicas naturales de la mujer le asignan la responsabilidad primaria de la procreación, asociada a características cíclicas recurrentes como la menstruación, que le muestra constantemente el determinismo de la naturaleza y le recuerda su papel biológico; por otro lado, siguiendo a Freud, Paglia afirma que el trauma de la separación del

* UAM Azcapotzalco.

¹ *Sexo, arte y cultura norteamericana*, obra reseñada por Avital Bloch bajo el título: “La cultura y el misterio de la sexualidad: la crítica de Camille Paglia” en *Estudios sobre las culturas contemporáneas* (Colima, Col.) vol. VI, núms. 16-27, Universidad de Colima, 1994, pp. 352-359.

niño al nacer, mismo que las niñas no sufren porque comparten el papel procreador rudimentario, es la fuente más importante para entender las diferencias de género.

El nacimiento marca, según esta autora, la omnipotencia natural de la mujer sobre el hombre a lo largo de la vida. Además del trauma de la separación, al hombre lo obsesionan las exigencias de la naturaleza para que contribuya con su parte a la procreación, deber que él teme constantemente; pero la naturaleza tiende a forzar la participación masculina mediante fuertes impulsos hormonales que la cultura legitima a través de la creación del amor, la belleza femenina y las convenciones de la obligación marital.

Concluye Paglia que aunque la naturaleza dicta conductas sexuales, las fuerzas culturales también las afectan cuando los individuos conceptualizan el significado de ser hombre o ser mujer; así, todas las conductas entre los sexos ritualizan las diferencias biológicas entre hombres y mujeres y las dificultades que éstas imponen en la vida civilizada. Apunta también esta autora cómo el problema de la sexualidad ha sido expresado simbólicamente en el gran canon de las artes y la literatura occidentales.

Es importante repasar ahora las reflexiones de algunos de los pensadores que han aportado ideas fundamentales en el terreno de los estudios sobre la cultura, para tratar de entender en qué medida la práctica de la sexualidad y los roles genéricos son una cuestión cultural.

La cultura ha sido considerada en su esfera material en relación con los avances de la civilización; así Oswal Spengler afirmó que esta última es la fase final, no creativa, petrificada de la cultura, mientras Alfred Weber identifica el término civilización con los aspectos tecnológicos y materiales necesarios para la subsistencia de la sociedad, y el de cultura con los aspectos espirituales, emocionales e ideales de la misma (religión, filosofía y arte); pero considera que el espíritu no es una súper-esfera trascendente que no está ligada a la vida humana sino que es necesario anclarlo en un análisis concreto mediante variables sociológicas. La civilización para este autor es acumulativa e irreversible; afirma, en cambio, que la cultura es altamente variable y de productos únicos.²

Son varios los pensadores que han considerado la existencia de un espíritu de las culturas que tiene que ver no con los productos culturales

² Esta es una apreciación de Francisco Gil Villegas en el capítulo “El zeitgeist de la Alemania Guillermina” en su libro *Los profetas y el Mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, CM/FCE, 1996, p. 95.

petrificados, sino con el devenir de las cosas vivas, que se concreta en “el ser en sí” (Hegel) en el que se expresan sensaciones y sentimientos. El espíritu se objetiva en el hombre y como resultado de ello surge el mundo de la cultura integrado por productos que conforman el “ser para sí” que se desarrolla en sociedad y que está formado sucesivamente por el derecho, la moralidad y el Estado.

Max Sheler, por su parte, habla de alma y espíritu colectivos. La cultura popular, señala, se origina en el alma colectiva y la alta cultura en el espíritu; pero el origen de la cultura en general es, para este autor, espiritual, por lo que resulta inmortal. Señala que aunque la cultura depende en gran medida de condiciones espirituales, la actividad que la produce está dirigida por impulsos con el fin de modificar intencionalmente realidades, y me parece que es precisamente en esa actividad que se concreta la civilización.

Ortega y Gasset se refiere a la acumulación de cultura como cultura objetiva, lo cual claramente podemos relacionar con lo que hemos venido considerando civilización, y define como cultura subjetiva la “asimilación individual de la herencia cultural”; pero ambas manifestaciones están históricamente determinadas, por lo que habla del reto de la circunstancia.

Isaiah Berlin también habla del espíritu, pero en el contexto del nacionalismo, en donde dice, hay uno característico de mexicanidad, colombianidad, bolivianidad, etc.; sin embargo aclara que no se trata de un espíritu esencial, sino de una “construcción ideológica generada por la dominación económica de la burguesía en alianza con los aristócratas que aún quedaban”.³

Por un lado el género está determinado por la condición biológica, porque no podemos negar lo que señala Camille Paglia; pero, por otro, es también producto de una circunstancia particular relacionada con el aquí y el ahora de un determinado núcleo social, en la cual está anclado el espíritu cultural que lo caracteriza, generado con base en condiciones socio-económicas y políticas concretas; por lo que es necesario revisar el contexto del México del siglo XIX, para entender la cultura de género que se afianzaba a través de las manifestaciones artísticas, como la literaria, que es la que vamos a analizar aquí.

Terreno marcado por una inestabilidad sociopolítica de todos conocida, el siglo XIX mexicano fue época de justificación, conformación e intentos de consolidación. Había que probar lo innecesario de la Conquista,

³ Isaiah Berlin, *Contra corriente. Ensayo sobre historia de las ideas*, trad. Hero Rodríguez Toro, México, FCE, 1983, pp. 421-422.

echando por tierra el argumento que la excusaba: la cristianización de un pueblo bárbaro e incivilizado. Era necesario construir elementos de identidad para una población multiétnica, con diferentes hábitos y costumbres, y dispersa en un gran territorio. Urgía, además, el reconocimiento como nación libre e independiente tanto al interior como al exterior.

Conseguir esas metas fue una tarea realizada sobre todo por criollos y mestizos, y llevada a cabo en el contexto de un sincretismo cultural en virtud del cual algunos elementos del patrimonio indígena eran rescatados sobre todo para justificar la independencia de España, pues se consideró incluso que Cristo ya había elegido al pueblo mexicano como el nuevo Israel, que Cortés había sido su Moisés y Quetzalcóatl una advocación de Santo Tomás. Las teorías de Fray Servando Teresa de Mier, Ignacio Borunda y el propio Carlos de Sigüenza y Góngora así lo manifestaron.

Para ser reconocida como nación, la mexicana debía estar internamente consolidada, y sus pobladores convencidos de compartir un territorio común, las mismas leyes, memorias, creencias, lenguaje, expresiones artísticas, religión, instituciones y formas de vida. Por eso se trabajaba entonces: el surgimiento de las academias, la publicación de periódicos y, sobre todo, de revistas culturales especialmente dirigidas a mujeres y niños.

Se elaboraban y reelaboraban constituciones. Se escribía la historia de México tanto por conservadores como por liberales y, sobre todo, se fortalecía la religión católica, declarada por Morelos en *Los sentimientos de la nación* como la única verdadera religión, como el principal elemento cohesionador y el paradigma cultural de más fuerte presencia en cualquiera de las manifestaciones artísticas, al grado de que en el mismo documento se establecía la pérdida de los derechos del ciudadano por los crímenes de herejía y apostasía.

En lo referente a la cultura de género, la religión tiene un fuerte peso. Conviene recordar ahora lo que ya señalé en este mismo foro el año pasado, cuando me refería a este asunto en relación con otras dos revistas decimonónicas: *El año nuevo. Presente Amistoso* y *El recreo de las familias*.

Como ha analizado Emilio García Estébanez, en la composición literaria de los mitos de creación de las diversas culturas, se puede leer entre líneas los siguientes tres mensajes:

El primero es que el cosmos no se debe a la actividad procreadora de una conciencia sexual femenina, sino que es la obra de una potencia intelectual, masculina, que crea las cosas mediante su palabra. El segundo es que el demiurgo masculino lleva a cabo la obra de la creación en medio de una violenta lucha contra los poderes del caos, las deidades femeninas primordiales, lucha que se continúa posteriormente dada la resistencia perti-

naz de esos poderes y sus repetidos asaltos al orden establecido. El tercero es que el mundo forjado y regido por los patriarcas es, a pesar de esa interminable contienda, un mundo bueno.⁴

Analiza más adelante este autor la actividad sexual de las divinidades primordiales como descontrolada y reproductora del caos. Es la palabra, señala, la que viene a instaurar el orden consiguiendo que el proceso obstétrico de concebir y alumbrar el mundo pase del ámbito biológico al mental. De esta manera el Dios es un operador lógico, facultado para crear con la inteligencia, y gracias a la eficacia de la palabra.

Mientras la facultad reproductora biológica, sigue analizando García Estébanez, está asociada directa y naturalmente al género femenino, la de reproducir mentalmente se asocia al masculino. Desde esta perspectiva el principio masculino tiene que reprimir y controlar lo femenino para que no destruya la obra conseguida, por lo que la condición de la cultura del mundo patriarcal “es el confinamiento de lo femenino más allá de sus fronteras y su hostigamiento incesante a fin de impedir su retorno”.⁵

La palabra creadora, la palabra revelada, no sólo debe ser entendida, sino también practicada. Debe encarnar en las vidas de los hombres. De ahí la importancia de la retórica que trata de mover al oyente para poner en obra el discurso que se le predica.

Y no es a la mujer a la que se le confiere el uso de la palabra. Dios revela la palabra a los profetas y son ellos los que pueden repetirla; en cambio, el mismo San Pablo condena: “las mujeres cállense en las asambleas, porque no les toca a ellas hablar, sino vivir sujetas”.⁶ La Virgen María, la mujer más importante de la historia de la salvación, había asumido también ese rol. Cuando se le anuncia que, por mandato divino, será la madre de Dios, exclama: “He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí, según tu palabra”.⁷

García Estébanez apunta también que al lado, e incluso por encima del lenguaje de la creación, está el *lenguaje del santuario*. La palabra crea la historia de la salvación y la asienta “sobre un enfrentamiento estructural entre los hombres” (Israel, pueblo elegido, contra los egipcios cuyos hijos primogénitos son sacrificados por Jehová para facilitar la liberación de

⁴ *¿Es cristiano ser mujer?*, Madrid, Siglo XXI, 1992, p. 19.

⁵ *Ibid.*, p. 21.

⁶ Cit. en *ibid.*, p. 27.

⁷ Cit., en *ibid.*, p. 28.

los escogidos); presenta un mundo siempre dividido en buenos y malos: el bien y el mal como las dos caras necesarias para la moneda que compra la salvación. Además, la historia de la salvación contenida en la Biblia marca siempre, tanto a hombres como a mujeres, el lugar que les corresponde en ese juego de oposiciones, y de esta manera enuncia el orden social.

El evangelio anuncia la igualdad de todos los hombres como hijos de un mismo padre; pero una de las preocupaciones más importantes de los varones apostólicos fue señalar con claridad el papel que a la mujer correspondía en ese contexto, así San Pablo apela: “Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne, como a Cristo, con temor y temblor [...] las mujeres, estén sometidas a los maridos, como conviene, en el Señor”.⁸ En realidad la condición que a la mujer se le confiere a lo largo del texto sagrado es congruente con el hecho de que ella no haya sido sino “costilla” del hombre, cuerpo condicionado a depender de aquél del que se extrajo su sustancia y que, por tanto, debe caracterizarse por actitudes de sumisión, agradecimiento, sacrificio y aceptación de las culpas derivadas del pecado original; ser que sólo puede redimirse por su condición de esposa y madre. Las citas bíblicas al respecto son muchas. Van unos botones de muestra:

En el Génesis, cap. II, Dios responde a Adán cuando éste le dice que la compañera que le dio lo hizo comer del fruto prohibido: “Yo pondré enemistades entre tú y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza y tú andarás acechando su calcañar”.⁹ Ese acecho se estigmatiza desde un principio como castigo para la mujer a quien el Creador dice enseguida: “[...] multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces; con dolor parirás a los hijos y estarás bajo la potestad o mando de tu marido, y él te dominará.”¹⁰

Por otro lado, el carácter de “objeto” de la mujer se reafirma constantemente en la Biblia; en el mismo Génesis, cap. 6, se apunta cómo, cuando la tierra empezó a poblarse, los hombres tuvieron hijas y “Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomáronse mujeres, escogiendo entre todas”;¹¹ nótese además que los hijos son de

⁸ Cit. en *ibid.*, p. 337.

⁹ *La Santa Biblia. Antiguo y Nuevo testamento.* Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569). Revisada por Cipriano de Valera (1602) y cotejada posteriormente por diversas traducciones, y con los textos hebreo y griego, México, Sociedades bíblicas unidas, s.f., cap. II, v. 15, p. 2.

¹⁰ Loc. cit., v. 16.

¹¹ *Ibid.*, p. 5.

Dios y las hijas de los hombres. Otro ejemplo, en el cap. 20 narra cómo, cuando Abraham tenía que viajar a Egipto, éste advierte a Saraí su esposa que, cómo es una mujer bien parecida, cuando los egipcios la vean, por apropiársela le quitarán a él la vida. Por eso le pide que diga que es su hermana para que él sea bien recibido por amor a ella, y salve su vida gracias al respeto que sin duda le tendrán.¹²

Por supuesto que lo hizo; pero después se menciona que el faraón recibió en su casa a Saraí y éste hizo bien a Abraham concediéndole ovejas, vacas, asnos, siervos y criadas y asnas y camellos; pero entonces Jehová castigó al faraón con grandes plagas, “a causa de la mujer de Abraham”. Por otro lado, Saraí era estéril y, por lo tanto, no poseía la otra gran virtud femenina: la posibilidad de procreación, así que en cierta ocasión dijo a Abraham: “Ya ves que Jehová me ha hecho estéril: ruégote que entres a mi sierva; quizá tendré hijos de ella”.¹³ Más tarde esa abnegada mujer fue premiada dando a luz a Isaac.

La palabra bíblica, divina y salvadora, ha sido perpetuada a través de otra institución eminentemente patriarcal: la Iglesia, que durante mucho tiempo no sólo ejerció la potestad monástica, sino también la civil y que, luego de haber impuesto su verdad a sangre y fuego, se ha apoyado también en la fuerza de la palabra para persuadir y coercionar.

El pensamiento cristiano, con todo lo que implica, ha sido quizá la herencia cultural más fuerte que la Conquista española legó al mundo americano. Elsa Cecilia Frost en su búsqueda de las categorías de la cultura mexicana, de la mano con el carácter occidental de la misma, encuentra el de cristiandad, explicable luego de haber considerado el cristianismo “en cualquiera de sus formas”, como la raíz misma de Occidente, sin desconocer que esta religión trasciende cualquier situación histórica y “no tiene una forma cultural única sino que es un fermento de la vida humana, una energía histórica que trabaja en el mundo”.¹⁴

Sin embargo, sostiene también esta autora que el cristianismo bien entendido revoluciona la vida humana hasta en sus últimos cimientos porque, al aspirar al abandono completo de sus antiguos hábitos vitales, el converso debe adoptar una visión de mundo totalmente distinta a la pagana. Los pobladores del México prehispánico se convirtieron al cristianismo español, el que se opuso a la contrarreforma: el más férreo,

¹² V. *Ibid.*, p.11.

¹³ *Ibid.*, p.14.

¹⁴ Elsa Cecilia Frost, *Las categorías de la cultura mexicana*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1990 (Nuestra América, 24), p. 75.

intransigente, violento y nacionalista. Sabemos sin embargo que los indígenas se acogieron a la nueva religión tan violentamente impuesta para calmar la furia del conquistador y que, al conservar en su interior las creencias paganas de sus ancestros, estaban germinando la semilla del sincretismo en el que, no obstante, el componente cristiano fue sofocando poco a poco al indígena, que ha permanecido en ciertas supersticiones, en el chamanismo y en la magia.

Seguramente en la mentalidad del indio el cambio fue menos radical y la cristianización más aparente que real; pero el mundo mestizo que crecía, y el criollo, y el minoritario de otras etnias que ya en el México independiente tenía acceso a la cultura escrita, estaban viendo reproducidos, en moldes literarios, los principios bíblicos respecto al papel de la mujer en el orden social.

En el marco anterior ve la luz en 1839 el primer *Calendario de las señoritas mexicanas* (1838-1841 y 1843), dirigido a las señoritas porque esa “bella mitad del género humano [...] debía reunir a las gracias y atractivos materiales, atractivos y gracias superiores del corazón y del espíritu”. Dichos calendarios eran editados por los Galván (tío y hermanos: Antonio e Ignacio). La mayoría de los textos que integran esta publicación no tienen autor; pero se puede sospechar que artículos, poemas y relatos, cuando no se reconocen como traducción, son obra de Ignacio, a decir de su estilo claramente sublime. Además algunos de esos textos aparecen después en las ediciones que hizo Antonio de las *Composiciones líricas originales* de su hermano. Por otro lado, en el número de 1843 (luego de la muerte del poeta) se reconoce, sin duda como un merecido homenaje, diez de los diecisiete textos publicados (además de las secciones de rigor, sin autor) como producto de la pluma de nuestro autor.

El tema religioso en estos calendarios es muy importante, se proporciona de entrada unas *Notas cronológicas*, todas referidas a fiestas cristianas, y con aclaraciones acerca de cuáles obligaban a oír misa, a dejar de trabajar, o al ayuno.

Otra sección que no falta es el calendario por mes; en éste se indica el clima predominante, el signo zodiacal de mayor influencia de acuerdo con la posición del sol, y el santoral, con indicación de cuándo y dónde estarían expuestos ciertos santos en algunas iglesias, o acerca de qué festividades se iban a realizar en ellas. Además hay anotaciones también en esta sección respecto a las posiciones de la luna.

Integran también estos calendarios: poesías, fábulas, relatos relacionados con la realidad nacional (sobre terremotos, erupción de volcanes, situaciones históricas y descripciones de paisajes), artículos con la finali-

dad de instruir (biografías de pianistas y cantantes virtuosos, sobre los animales microscópicos, historia y descripción de monumentos, etc.); consejos prácticos y datos técnicos sobre actividades propias de las mujeres como el bordado, de las flores y su cultivo, del lavado, etc.; indicaciones acerca de la moda con bellas litografías alusivas, a color, y un santoral en orden alfabético. En muchos de estos textos el elemento religioso juega algún papel de mayor o menor importancia.

Por ejemplo, el artículo *Animales microscópicos*, publicado en 1840 (pp. 57-65) da inicio con este párrafo: “Prodigiosa e inconcebible es la sabiduría y poder del gran autor de la naturaleza, ya extendiendo con sus manos los cielos, y derramando en la profundidad del espacio millones de globos inmensos que giran con movimientos inmensurables y a distancias asombrosas; ya criando y reproduciendo incansablemente innumerables animalillos”, y así termina:

Véase si con razón se dijo al principio que tan estupendo es el Creador al desenvolver los cielos inmensos, como al formar los delicados seres de que hablamos. Tan estupendo es al hacer rodar las masas enormes de las estrellas, como al hacer rodar millones de animales imperceptibles. Tan grande y sabio es al trazar la ruta inconcebible de los planetas y cometas, como al señalar los movimientos infinitamente variados de los átomos vivos. Se necesita ser loco para ser ateo.

Entre los monumentos arquitectónicos de los que se hace historia y que son descritos en estos calendarios están la Catedral de Puebla y el Santuario de la Virgen de Guadalupe, lo cual también es relevante respecto al tema religioso.